

Rafael María López-Melús

EL SANTO CURA DE ARS
Patrón de todos los párrocos del mundo



EDICIONES ALONSO | **DISTRIBUCIONES CODESAL**
Esparteros, 4 Recaredo, 34
MADRID - 12 | **SEVILLA - 3**

D.L.: M-43526-1980

I.S.B.N.: 84-371-1409-8

Impreso en España

Talleres Gráficos Alonso, S.A.

Carretera de Pinto, km. 15,180

Fuenlabrada (Madrid)

CONTENIDO

Ofrenda	6
Pórtico	7
1.—Niño como los demás	11
2.—Llamada al sacerdocio	17
3.—Cómo era el Santo Cura	31
4.—Su campo de trabajo	38
5.—Sacerdote de Cristo	48
6.—Muerte al “cadáver”	67
7.—Humildad: Virtud subestimada	77
8.—La reina de las virtudes	86
9.—Celo por las almas	98
10.—¡María siempre!	110
11.—Patrón de los párrocos del mundo	126
12.—Se nos fue al cielo	150
Epílogo	165

OFRENDA:

- A todos los aspirantes al sacerdocio.
- A todos los sacerdotes.
- A todos los párrocos.
- A todos los que saben apreciar este regalo sin par del sacerdocio católico que el Señor ha hecho a su Iglesia.

Con sincero afecto.

EL AUTOR

PORTECO

Se conocen las diversas réplicas del santo a algunas importunas peregrinas:

“—Padre —decía una—, hace tres días que estoy aquí y todavía no he podido hablar con usted.

“—En el paraíso, hija mía. Ya hablaremos en el paraíso.

“—Padre —decía otra—, he recorrido cien leguas para verle.

“—No valía la pena de venir de tan lejos para esto.

Y también:

“—Padre, ¡todavía no he podido verle!

“—No ha perdido gran cosa.

“—Padre, solamente una palabra.

“—Hijita, ya me has dicho veinte.

“—Padre, yo quisiera que me dijese usted cuál es mi vocación.

“—Su vocación, hija mía, es ir al cielo.

“—Padre, dígame dónde debo hacer mi noviciado; con las damas de la Natividad o con las damas

del Sagrado Corazón. Me gustaría más con las de la Natividad, porque me conocen.

“— ¡Ay! Ellas no conocen gran cosa”.

Cuando alguien le elogiaba él presentaba lo que él llamaba “sus pobres pecados”.

“Señor cura —le dijo un día el padre Guerre, misionero diocesano—, le canonizarán después de su muerte.

—No, amigo mío. Tengo tres vicios que me impedirán ser canonizado.

—¿Cuáles?

—Mi ignorancia, mi glotonería y mi hipocresía”.

Como estás podríamos traer aquí abundancia de anécdotas que nos pintarían las virtudes que encarnaba el alma de este humilde y apostólico sacerdote.

Mi amigo D. Andrés Codesal es conocido por infinidad de sacerdotes y párocos especialmente por la intensa labor que desarrolla como propagador de la buena prensa en las parroquias.

Hace algún tiempo recibí una amable carta suya animándome a que escribiera una biografía del Santo Cura de Ars, nombrado celestial Patrón de los párocos por el Papa Pío XI.

Acepté con gusto a pesar de mis múltiples ocupaciones y de que sabía que apenas podría decir cosas nuevas ya que son tan buenas —aunque hoy sean ediciones casi agotadas— las biografías escritas sobre este gran sacerdote de nuestros días.

Por ello ya te pongo en antecedentes, amado

lector: Nada nuevo vas a encontrar en esta breve biografía de este santo cura a no ser el afecto que desearía inyectar en ella y el hincapié que deseo hacer en algunas de las facetas de su preciosa y larga vida que puedan servir de pauta para mejor vivir nuestro sacerdocio. Para ilusionarnos con él. Para tratar de asimilar hoy su espíritu de ayer porque no es otro que el espíritu de Jesucristo que es siempre perenne.

* * *

Hacemos nuestras las palabras del prologuista de una preciosa biografía del Santo Cura de Ars:

“En los momentos difíciles por que pasamos, ¿no sería eminentemente beneficioso que todos los cristianos, y en primer lugar todos los sacerdotes, sintieran más profundamente el valor único de ese don que el señor Jesús ha hecho a la humanidad permitiendo que hombres sencillos, elegidos por su misericordioso amor, puedan renovar cada día, al servicio de las almas, las maravillas que El, primero que nadie, llevó a cabo para aportar la salvación al mundo? ¿Y qué ejemplo será más capaz de inspirar respeto, amor y comprensión al sacerdocio que el del humilde Cura en quien la Iglesia venera el ideal del sacerdocio, y que ha ejercido sobre tantos millares de almas un ascendiente increíble que nada humano sabría explicar?”

Con gran ilusión y pensando escribir algún día su biografía en la colección de “Ejemplares Marianos”

que tenemos abierta en CESCA (Centro de Espiritualidad Carmelitana; que ya vamos en el vol. 3.º) tuve la dicha de visitar y estudiar la encantadora villa de Ars en agosto de 1978.

Fue entonces cuando tomé muchos de los datos que aquí te ofrezco. Otros los hemos recopilado de varias biografías y escritos sobre nuestro Santo Cura, cuyas fuentes no cito por agilizar esta lectura.

* * *

Sirvan estas breves palabras de presentación para desearte que esta sencilla biografía

- que por otra parte queremos presentarla con la mayor objetividad posible— te ayude, cualquiera que sea quien esto lea,
- a saber apreciar cuán grande son las maravillas que Dios obra en sus Santos;
- para que vivas ilusionado tu sacerdocio si tienes la dicha de haber sido elegido como el Santo Cura de Ars;
- para que ruegues con intensidad y sin desfallecer para que haya muchos y santos sacerdotes.
- para que perseveren los ya llamados,
- para que vivan ilusionados su sacerdocio,
- y para que el buen Jesús suscite muchos y selectos jóvenes que abracen este camino.

CAUDETE (Albacete) 5.6.1980

El Autor

Solemnidad del Smo. Cuerpo y Sangre del Señor

1.—NIÑO COMO LOS DEMAS

No sabemos demasiadas cosas de la infancia del pequeño Juan María.

Por otra parte tampoco pretendemos extendernos en ella ya que fue como la de cualquier otro niño de familia pobre, del campo.

Por ello no extrañe que este capitolillo sea muy breve.

Nos interesa más resaltar su vocación sacerdotal, y, sobre todo, su vida como modelo y patrón de sacerdotes.

Nació de honrados, cristianos y pobres padres el 8 de mayo de 1786.

En el mes de la Madre. Buen presagio para conocer ya desde ahora, el tierno amor a la dulce Madre del cielo que llenará plenamente su vida y su apostolado.

Fue bautizado el mismo día de nacer, prueba inequívoca del hondo cristianismo de las familias de ayer que deseaban que cuanto antes sus hijos fueran enriquecidos con los dones tan singulares

que regala el primero de los sacramentos.

En el mes de mayo, mes de la Madre, en Dardilly, pequeño pueblecito del mediodía de Francia, venía a alegrar el cristianísimo hogar de Pedro Vianney, un niño que haría famosa a su familia.

Sus ejemplares padres, algunos años antes habían recibido caritativamente en su casa a un pobre mendigo que se llamó San José-Benito Labre.

El peregrino no pudo darles riquezas, pero sí les dejó el fruto de santidad.

* * *

Juan María era, como los niños de su edad, amigo de los juegos, y tenía un carácter impulsivo, brusco, que ya desde pequeño trató de dominar.

En cierta ocasión, a una hermanita más pequeña que él se le antojaron unos rosarios hermosos que Juan María tenía en grande estima. Hubo jaleo para los dos; intervino la madre y dijo al niño que se los diese a su hermanita, por amor de Dios. Y él, que sólo contaba cuatro años, se los entregó llorando.

Entonces su madre le regaló una pequeña imagen de madera de la Santísima Virgen, con la cual se colmó de alegría y de la que luego no se separaba ni de día ni de noche.

Pasan unos años y llegamos al año 1793. Es la época del Terror en Francia. La guillotina no cesa de segar vidas. La sangre corre a torrentes.

¿Qué hace entretanto Juan María? Tiene siete

años; no puede, por tanto, darse mucha cuenta de los acontecimientos sangrientos.

Pero sí que oyó los pasos del combate próximo a los campos que su padre cultivaba. Veía cerrada la Iglesia de su pueblo; mudas las campanas. Las cruces de los caminos habían sido derribadas. Las imágenes sagradas de las casas eran escondidas.

Juan María llevaba al campo, con más devoción que nunca, a su Virgen, en el bolsillo de la blusa.

Juan María se convierte en apóstol de sus compañeros, pastorcillos como él.

Mas no gusta mucho de andar con los chiquillos, sobre todo por sus no muy limpias conversaciones.

Lo que sí le encantaba era repartir el pan de la merienda entre los niños más pobres.

* * *

A los nueve años, fuera de religión, no sabía casi nada de otras cosas.

Arreglada algo en Francia la cuestión de enseñanza, una buena persona abrió en su pueblo una escuelilla y a ella fue Juan María.

Lectura, escritura, cálculo, historia y geografía era lo que allí se aprendía. Y nuestro amigo hacía sus progresos.

Heróicos sacerdotes, en secreto, ayudaban a los fieles.

Uno de ellos visitó un día a la familia de Juan María, y entablóse diálogo entre aquél y éste:

— “¿Cuántos años tienes?

— Once.

— ¿Desde cuándo no te has confesado?

— Todavía no lo he hecho —replicó admirado.

— Pues bien, hagámoslo en seguida”, —añadió el sacerdote.

Y Juan María hizo su primera confesión.

* * *

Estos días estalla la Revolución Francesa. Al frente de la parroquia ponen a un cura constitucional, y la familia Vianney deja de asistir a los cultos. Muchas veces el pequeño Juan María oirá misa en cualquier rincón de la casa, celebrada por alguno de aquellos heróicos sacerdotes, fieles al papa, que son perseguidos con tanta rabia por los revolucionarios.

Su primera comunión la ha de hacer en otro pueblo, distinto del suyo, Ecully, en un salón con las ventanas cuidadosamente cerradas, para que nada se trasluzca al exterior. Tenía 13 años.

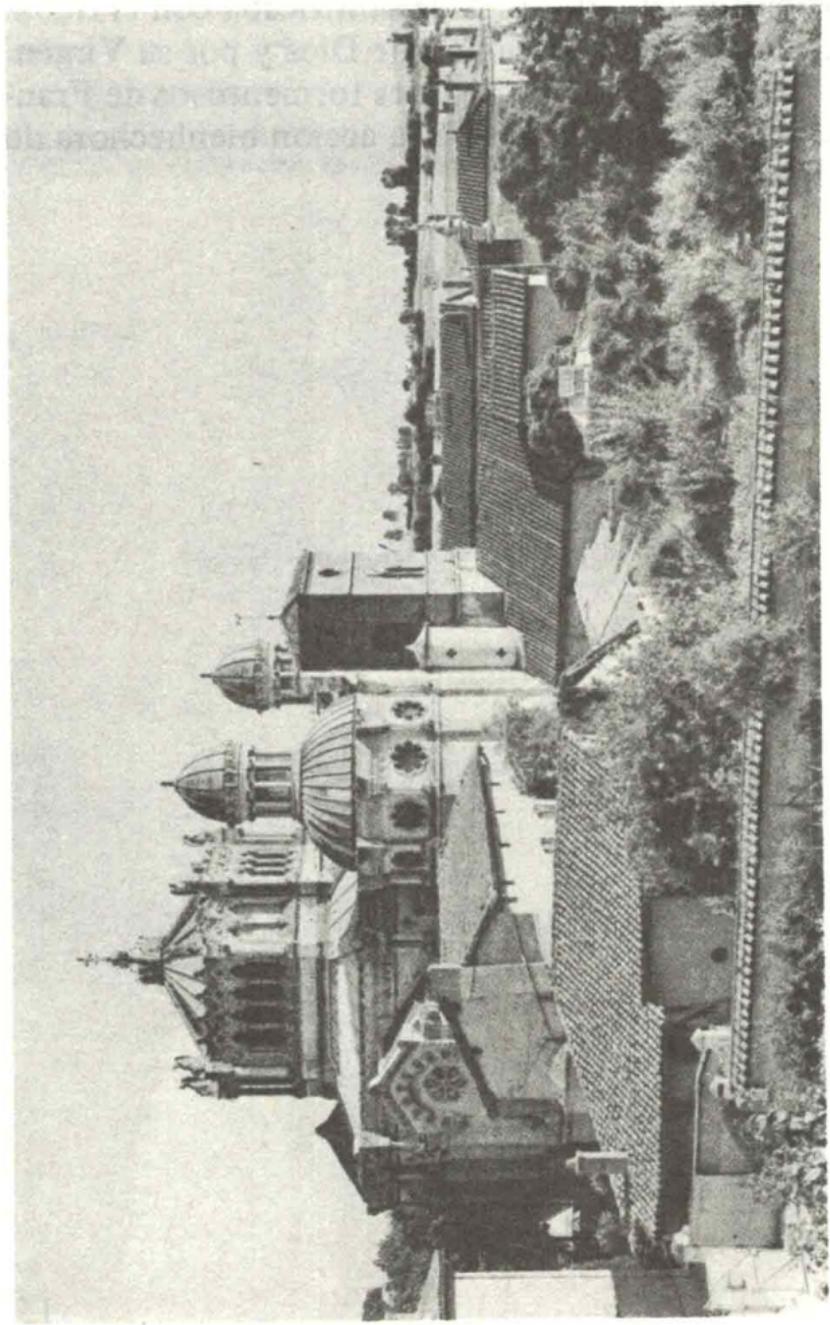
* * *

Juan María Vianney contento por haber recibido a Jesús, volvió a la casa paterna. Ha pasado la infancia y la edad escolar. Es robusto. Los trabajos del campo le esperan.

Y Juan María comenzó las labores ordinarias de

un hijo de labradores. Y se santificaba con el trabajo, porque todo lo hacía por Dios y por su Virgen.

Entre tanto, los horizontes tormentosos de Francia volvían a dejar paso a la acción bienhechora de la Iglesia.



Basilica de San Juan María Vianey

2.-LLAMADA AL SACERDOCIO

Juan María se daba los domingos a la lectura del Evangelio y del Kempis. Así iba alimentándose su piedad y despuntaba con él la vocación al sacerdocio.

—Pero... este muchacho con poca instrucción, con diecisiete años encima, con un padre, al que no sobraba nada...

Todo esto lo consideraba el joven Vianney.

Mas, por otro lado, el deseo de salvar almas que se pierden eternamente por falta de sacerdotes, le hacía sortear cualquier obstáculo.

—“¡Si yo fuera sacerdote...!” —se decía.

La madre pide al director de la escuela que admite a su hijo Juan María.

—“Pero... este joven ya mayor, retrasado... no, no puedo; tengo mucho trabajo; no me es posible hacerme cargo de otro alumno”.

Marcha la mujer triste. Nuevas tentativas. Se presenta el mismo Juan María.

No le causa mala impresión al maestro, quien al ver su tesón y buena voluntad, le dice:

—“Esté tranquilo, amigo mío; yo me sacrificaré por usted, si fuere necesario”.

Era un santo sacerdote, el Padre Balle.

Nuestro protagonista tenía 19 años y quería ser sacerdote.

Dios llama a quien quiere, cuando quiere y para lo que quiere. Y este modo de obrar es tan antiguo como la humanidad misma. Desde los Patriarcas y Profetas, pasando por los Apóstoles hasta llegar a cualquiera de nosotros.

Así de preocupada y buena es la Providencia de Dios.

—¿Quiere cambiar a Moisés, de pastor de ovejas, en guía de su pueblo?

Le llama desde las llamas de un encendido zarzal.

—¿Quiere transformar a Gedeón de labrador en jefe de ejércitos?

Le llama por medio de uno de sus ángeles.

—¿Quiere constituir a David rey de su pueblo?

Le llama por medio de Samuel.

—¿Quiere trocar a unos pescadores en Apóstoles?

Les llama desde sus redes y desde sus barcas, y ellos le siguen prestos para ser los Predicadores de su Evangelio.

—La llamada para San Antonio fue una palabra del Evangelio oída en el templo durante la Misa.

—Para San Francisco de Borja, la vista del cadáver de la princesa Isabel.

—Para San Ignacio de Loyola, un contratiempo de carácter militar.

—Para San Francisco de Asís, una enfermedad...

—Para San Gabriel de la Dolorosa, la muerte de su hermana María...

* * *

¿Qué es la vocación sacerdotal? Vale la pena que dediquemos un recuerdo especial —aunque breve— a este tema ya que pensando en los sacerdotes y futuros sacerdotes escribimos esta breve biografía.

Alguien ha escrito estas ideas tan bellas:

La vocación es como un itinerario con señales de pista. Cada señal lleva a la señal siguiente, sin saber el término definitivo. Más que un conocimiento del futuro es una correspondencia amorosa. Es una amistad.

La vocación es el soplo del Espíritu que hincha nuestra pequeña vela. Dios actúa cuando quiere y como quiere. No sabemos por qué, no sabemos cómo.

Dios es un mar infinito surcado de innumerables velas. Hay cristianos que las arrían cuando se levanta el soplo divino. Tienen miedo de abandonar la orilla.

Demasiados cristianos tienen miedo a Dios. Algunos, los que le aman, se fían de El. No saben qué les espera, no lo saben, pero confían. Son cristianos que no piden definiciones, se lanzan sencillamente mar adentro.

Quien no se lanza mar adentro:

- nada sabe del azul profundo del agua, ni del hervor de las aguas que bullen.
- nada sabe de las noches tranquilas cuando el navío avanza dejando una estela de silencio.
- nada sabe de la alegría de quedarse sin amarras

apoyado sólo en Dios, más seguro que el mismo océano.

Desventurado aquél que se queda en la orilla y pone toda su esperanza en tierra firme, la de los hombres razonables, calculadores, seguros de sí mismos, que imaginan ser ricos y están desnudos, que creen construir para siempre y sólo amontonan ruinas que siempre les acusarán.

* * *

Pío XI veía así esta vocación que ahora intenta seguir el joven Vianney:

—“La vocación sacerdotal más que en un sentimiento del corazón o en una sensible atracción, que a veces puede faltar o dejar de sentirse, se revela en la rectitud de intención del aspirante al sacerdocio, unida a aquel conjunto de dotes físicas, intelectuales y morales que le hacen idóneo para tal estado.

Quien aspira al sacerdocio únicamente por el noble fin de consagrarse al servicio de Dios y salvación de las almas, y juntamente tiene, o al menos procura seriamente conseguir; una sólida piedad, una pureza de vida a toda prueba, y una ciencia suficiente... ese tal da pruebas de haber sido llamado por Dios al estado sacerdotal”.

Seguir a Cristo —y sobre todo hoy— requiere renuncia y sacrificio. Dos cosas que no atemorizaban a nuestro joven Juan María. ¡Qué bien que lo ha

dejado escrito Pablo VI:

—“La vocación hoy quiere decir renuncia, impopularidad, sacrificio. Supone preferir la vida interior a la exterior, la elección de una perfección constante, en comparación de una mediocridad cómoda y sin sentido; la capacidad de escuchar las voces angustiadas del mundo, las voces de las almas inocentes, de los que sufren, de los que sin paz, sin consuelo, sin guía, sin amor, y a la vez la fuerza de hacer callar las voces lisonjeras del placer y del egoísmo. Quiere decir comprender la dura, pero estupenda, misión de la Iglesia, hoy como nunca empeñada en enseñar al hombre su verdadero ser, su fin, su suerte y descubrir a las almas fieles las inmensas, las inefables riquezas de la caridad de Cristo”. (4.11.1963).

Hoy la Iglesia atraviesa por momentos difíciles y de gran escasez de vocaciones. Por ello nuestro Papa actual machaconamente insiste en que hay que despertar este germen vocacional en la juventud. Decía a los jóvenes el 25.1.1980:

—“La Iglesia de Jesús debe continuar su misión en el mundo, ella os necesita pues es mucha la labor a realizar”.

Y en otra ocasión: “Me dirijo a Cristo para que llame a muchos jóvenes y les diga: “Ven y sígueme”, y pido a los jóvenes que no se opongan, que no contesten “no”. A todos ruego que oren y colaboren en favor de las vocaciones”.

Ojalá fueran muchas las almas que con frecuencia

elevasen esta u otra parecida oración por el aumento de santas vocaciones sacerdotales y religiosas:

“Señor, Padre Santo,
tú que invitas a todos los fieles
a alcanzar la caridad perfecta,
pero no dejas de llamar a muchos
para que sigan más de cerca las huellas de tu
Hijo,
concede a los que tú quieras elegir
con una vocación particular,
llegar a ser, por su vida,
pastores de tu pueblo,
dignos ministros del altar,
y testigos valientes y humildes del Evangelio,
signo y testimonio de tu reino
ante la Iglesia y ante el mundo.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Paul Claudel, —el famoso convertido que mereció que Pío XII bendijera su pluma y su lengua— escribió a un seminarista algo que tenía muy presente el joven Vianney y que deberían recordar muchos jóvenes de hoy que no se deciden a dar su SI al llamamiento del Señor:

“Amigo: Si la dicha de esta vida consiste en hacer el bien, ¿quién más feliz que el sacerdote?

Sólo quien ha sido pecador de verdad, quien ha masticado en su boca el negro pan de la rebeldía, puede comprender la grandeza de ese

hombre que posee el incomparable privilegio de absolver aunque se trate de un sacerdote mediocre, distraído, mundano, cansado.

La muerte es la muerte. Yo estaba envenenado, asfixiado. El pronunció las palabras: "Yo te absuelvo..." Y de repente la vida, la luz, entró de lleno en mi alma, la liberación bautismal, volver a nacer, la resurrección de la carne.

Pero no sólo me libró del pecado. Me dio de comer. Yo tenía hambre, no de pan, sino de algo muy distinto, de algo que estaba anhelando desde la creación del mundo. Este alimento misterioso, el sacerdote me lo trajo en sus manos venerables. Era el Cordero inmolado. ¡Imposible vivir sin el sacerdote!

Y tú, futuro sacerdote, ¿te harás sordo al clamor de tantas bocas que te esperan para confesarte sus faltas y para recibir de tus manos al Creador del cielo y de la tierra?"

* * *

Por fin vió sus sueños cumplidos e ingresó en el seminario.

Pero, ¡ay Dios mío!, el latín no entra en aquella cabeza. Juan María no era tonto, ciertamente; mas la memoria no se le prestaba a aprender la gramática latina.

Juan observa la risa disimulada de los condiscípulos, cuya blanda memoria retiene fácilmente los

casos y los verbos; tiene que valerse de la ayuda de los que son de menor edad que él; estudia de noche; reza...

Duros eran aquellos meses. Y un día, Juan María dijo apenado y triste a su maestro:

—“Quiero volver a mi casa”.

Mas el buen sacerdote conocía el tesoro que había en el alma de su discípulo.

—“¿A dónde irás, hijo mío? Tu padre está ansiendo tenerte a su lado; y viéndote triste no te dejará volver”.

El pobre muchacho continuó estudiando.

Pero como su memoria sigue la misma, hace voto de peregrinar, mendigando, al sepulcro de San Francisco de Regis.

Y lo cumplió. Salió una mañana con el bastón en una mano y en la otra el rosario. Y anduvo los cien kilómetros que había desde el pueblo. Mas ¡qué peregrinar! —¿No será un desertor, o algún vagabundo o haragán? —pensaban al verle.

Acosado por el hambre, entra en una casa. Allí había una mujer que le gastó una cuchufleta.

No faltaron, sin embargo, almas caritativas que le dieron algo de comer. Por fin, llegó ante San Francisco.

Pidió la gracia de poder aprender el latín necesario para seguir sus estudios. Y la consiguió. Pero muy medida.

En esta peregrinación comprendió el seminarista lo que es carecer de albergue y ser pobre; lo cual le

valió para compadecerse, más aún, en adelante del necesitado.

Juan María compartirá el seminario con el Beato Marcelino Champagnat, fundador de los maristas; con Juan Claudio Colin, fundador de la Compañía de María, y con Fernando Donnet, el futuro cardenal de Burdeos.

A este humilde seminarista le veremos en contacto con las más relevantes personalidades de la renovación religiosa que se opera en Francia después de la Revolución francesa. La enumeración es larga e impresionante. Destacamos, sin embargo, entre los muchos nombres, dos particularmente significativos: Lacorder y Paulina Jaricot.

* * *

Y desde entonces en sus estudios ya dio esperanzas de que un día podría llegar... ...

Pero como Dios suele probar mucho a sus elegidos, un acontecimiento que no se esperaba vino a sacar a nuestro amigo de entre los libros...

Pues ocurrió que en las listas de quintas fue incluido nuestro seminarista, aunque no debía haberlo sido, ya que gozaba de exención. Quizás lamentable olvido; mas el caso fue que tuvo que incorporarse a filas como un recluta más. La mala conducta de los compañeros le desagrada mucho. Una fiebre sorda le mina; de tal forma; que es declarado grave y se le traslada al hospital. Allí pasa dos se-

manas. Su profesor y sus parientes le visitan.

Convaleciente todavía, tiene que marchar con una expedición que pronto luchará contra España; son los años de Napoleón.

Una nueva recaída le tuvo más de un mes en otro hospital. Le visitaron sus padres y regresaron al pueblo con la dolorosa impresión de que ya no volverían a verle.

Le es comunicada la orden, días después, de que había de partir para la frontera española. Mas, por descuido involuntario, llegó a la oficina a recibir su hoja, estando ya cerrada.

Su regimiento ya había partido.

Pálido, convaleciente, decaído, marchó a dar alcance a los demás reclutas. Se desvió del camino.

De pronto, se le acercó un desconocido, un tal Guy, prófugo, que con otros varios andaba escondido por aquellos contornos.

El resultado fue que Juan María, sin intentarlo, quedó en la condición de desertor, obligado por las circunstancias en que se veía.

Una buena viuda le dió albergue en su casa, donde hubo de vivir escondido.

Poco faltó un día para ser detenido por los gendarmes. Avisado, se escondió tras un montón de hierbas.

Quizás había sido visto al huir.

Una rigurosa inspección hizo que uno de los gendarmes, explorando el montón de hierba con el sable, le pinchara con la punta. A pesar del dolor

no se movió. Y se salvó.

Pasaban los días, y su familia era castigada con penas y cargas. ¡Cómo lamentaba esto Juan María!

Pidió los libros de clase, para no perder tiempo. Y de nuevo, a sus veinticuatro años, otra vez a la carga.

Mas pronto, una grata nueva sacó de su escondrijo al pobre Vianney.

Napoleón, vencedor de Austria, había concedido una amnistía. El obligado desertor era libre.

En la casa de la buena viuda hubo lágrimas al tener que separarse del joven a quien todos querían.

Aquellos buenos vecinos querían dar algo al futuro sacerdote.

La viuda le da las servilletas que fueron regalo de su boda; unas señoritas hicieron una colecta en la parroquia; un sastre llegó al pueblo para hacerle la sotana; una anciana, que tenía una cabra y un cerdo solamente, vendió este para entregarle su importe; otra persona le pagó los gastos del regreso.

Y, por fin, volvió a su casa junto a su buena madre.

Poco tiempo después, moría ésta santamente.

* * *

Durante los dieciséis meses que estuvo ausente de la escuela-seminario, su buen maestro pidió a Dios constantemente la vuelta del querido discípulo. Y ahora, otra vez estaba allí para seguir los

estudios.

Entretanto, Juan María llegaba a los veinticinco años.

En mayo de 1811 recibió la tonsura. Ahora es el señor Vianney.

En aquel entonces se pedían al futuro sacerdote un curso de Filosofía (hoy son tres), y dos de Teología (cuatro hoy).

En octubre de 1812 comienza Vianney el curso filosófico. El mismo profesor era más joven que él.

Desde luego, como la asignatura se estudiaba en latín pronto hubo de ser puesto en grupo aparte, con otros, para recibir las lecciones en francés.

Con todo, fue un alumno muy flojo durante todo el curso.

Por estas cosas, claro está, su corazón se apenaba. Y acudía a la capilla y se entregaba a la Virgen, su única madre ya, y le ofreció toda su vida con el voto de esclavitud mariana, según la doctrina de S. Luis María Grignión de Montfort.

Vianney iba adelantando en santidad a los ojos de Dios. Mas a los de sus superiores, parece que no daba señales de distinguirse mucho.

En el curso siguiente ingresó en el seminario mayor para comenzar los cursos de Teología.

La vida de Vianney era edificante.

El superior de la casa se interesó de verdad por aquel buen seminarista y dióle un condiscípulo que le explicara en francés. Así iba tirando. Un profesor mismo le ayudó. Pero...

Cuando ya llevaba unos seis meses de curso, pensando los superiores que aquel no podría ir adelante, le rogaron que se retirara.

¡Adiós todo su ideal! Esta fue la prueba más dura de toda su vida.

Su antiguo profesor de latín le recibió amorosamente, y de nuevo le dio aientos y le ayudó en sus estudios.

El caso fue que, pasados tres meses, se presentó a exámenes. Pero con mal resultado.

Su decidido protector consiguió que se le hiciera otro examen. Y en éste, Juan María respondió a las preguntas a satisfacción de los examinadores.

Por fin, vencidas las dificultades, la vida santa de Vianney hizo que fuera admitido al subdiaconado.

En junio de 1815 recibió al diaconado. Tuvo nueve exámenes, de los que salió muy bien, y se le admitió a la ordenación de presbítero.

Y, por fin, aquel que tanto buscó el sacerdocio por amor de Dios y al prójimo; aquel que tanto tuvo que sufrir por seguir el divino llamamiento, subía al altar del Señor lleno de júbilo.

Era el 13 de agosto de 1815.

Cuando Monseñor Simón, obispo de Grenoble le ordenaba de sacerdote, tenía 29 años.

Había acudido a Grenoble solo y nadie le acompañó tampoco en su primera misa, que celebró al día siguiente. Sin embargo, el Santo Cura se sentía feliz al lograr lo que durante tantos años anheló, y a peso de tantas privaciones, esfuerzos y humilla-

ciones, había tenido que conseguir: el sacerdocio.

Aún no había terminado sus estudios. Durante tres años, de 1815 a 1818, continuará repasando la teología junto al padre Balle, en Ecully —donde hizo su primera comunión—, con la consideración de coadjutor suyo.

A la muerte de aquel mortificado sacerdote, intentaron los vecinos que permaneciera de párroco el joven Vianney. Su petición no tuvo efecto.

En 1818, el Reverendo Juan María Bautista Vianney era nombrado capellán de Ars.

3. ¿COMO ERA EL SANTO CURA?

No es fácil dar la respuesta ahora.

Aunque muy fragmentaria podremos conocerla algo mejor al final de esta sencilla biografía.

Nos ayudarán a ello estas preciosas frases: unas originales de nuestro Santo Cura de Ars y otras aplicadas a su persona y como si hubieran brotado de su boca:

—“Mira, pequeño Juan María —me decía a menudo mi madre—, si te viera ofender al buen Dios, me harías tú más daño que cualquier otro de mis hijos.”

—“Cuando estaba en el campo con mi pala y mi azadón rezaba.”

—“Cuando yo era joven, me decía: Si fuera sacerdote me gustaría ganar muchas almas para el buen Dios.”

—“Cuando el Espíritu Santo quiere una cosa, siempre la consigue.”

—“¡Vaya usted, amigo mío! No hay mucho amor en esa parroquia: usted lo pondrá.”

—“Un buen pastor, un pastor según el corazón de Dios, es el mayor tesoro que el buen Dios puede conceder a una parroquia.”

—“Concededme la conversión de mi parroquia; admito sufrir lo que queráis durante toda mi vida.”

—“No es posible ofrecer una danza como expiación de las faltas de una pobre vida. No se puede decir: Dios mío, te ofrezco este rigodón para expiar mis pecados.”

—“¿Qué hace nuestro Señor en el santo tabernáculo? Nos espera.”

—“Nuestro Señor no hace menos caso de su palabra que de su cuerpo.”

—“Una vieja sotana sienta bien a una hermosa casulla.”

—“Se encontrarán muchas personas para comprar pendones o estatuas; pero la salvación de las almas por las misiones (parroquiales) debe tener preferencia.”

—“Los pecados son negros como chimeneas de estufa.”

—“Lloro por lo que vosotros no lloráis.”

—“¡Ah! Hay que venir aquí para ver el daño que nos ha hecho el pecado de Adán.”

—“Dios mío, ¡cómo me pesa el tiempo con los pecadores! ¿Cuándo estaré con los santos?”

—“Entonces diremos al buen Dios: Dios mío, te veo y te tengo; ya no te escaparás de mí nunca. nunca.”

Pocos son hoy los que conocen a Dardilly, pueblo cerca de Lyón y también pocos los que han oido nombrar a Juan Bta. María Vianney.

En ese pueblo nació y así se llamó el futuro Santo Cura de Ars como será conocido por la historia y aclamado por toda la Iglesia Católica como uno de los personajes mas ilustres que ha producido. Así pues, sí que muchos han oido hablar del pueblecito de Ars y de su Santo cura.

Hemos visto que su origen y su niñez fue de las más corrientes: pobre, sencillo y cortico para los estudios.

Pero quiso ser sacerdote para glorificar a Cristo siendo santo él y trabajando sin descanso por llevar almas a Cristo. Ambas cosas las alcanzó.

¿Campo de su apostolado? —Será Ars donde pasará 41 años de los 44 que será sacerdote en la tierra.

Cuando M. Courbon, Vicario General de Lyón, lo envió a Ars le dijo:

—“Le envío a una pequeña parroquia muy mala, para que usted la haga buena.”

Fue nombrado para desempeñar un puesto que no había deseado que no era nada deseable. Y cuando vio el pueblo, una voz interior le dijo:

—“Mira ese pequeño grupo de casas; llegará un día en que no bastarán para contener a la multitud.”

Ya viejo, recordaba, riendo, este extraño presentimiento:

—“¡Bah! ¡Me han pasado tantas ideas extrañas

por la cabeza!"

La profecía se realizó en una medida mayor de lo que se hubiere podido imaginar. Durante treinta años la multitud se apretujó al pie del púlpito y ante el confesionario del hombre de Dios. En el último año de su vida, el número de peregrinos llegó hasta ochenta mil, hablando sólo de los que tomaban los coches públicos.

—“Considero —precisa el cochero Francisco Pertinand— que el número total era de ciento a ciento veinte mil.”

Las peregrinaciones no han disminuido. Miles y decenas de miles de peregrinos visitan cada año aquella aldeita en busca, igual que ya lo hacían mientras él vivía, de “ver a Dios en un hombre”, de encontrarse con Dios por medio del espíritu y de la vida de aquel humilde sacerdote.

En 1856, un peregrino podía escribir:

“Nos ha parecido casi como lo representa uno de sus retratos litográficos. Los ojos hundidos, hundidos en sus órbitas, irradian una energía y actividad por encima de su edad. Su mirada penetrante y viva, incisiva, se ilumina a veces con una alegría y otras se vela tristemente, expresando un dolor profundo según el tema abordado en la conversación.”

* * *

Al Cura de Ars no le gustaba que se hiciera su retrato. Dibujantes, pintores, escultores, si querían

llover a cabo sus esbozos, debían usar de la astucia para con él. No admitía que se aprovechasen sus "catecismos" para una sesión. Su apóstrofe al escultor Cabuchet se ha hecho famoso:

—“Estése quieto, señor; distrae a todo el mundo y me fastidia a mí”.

Fue necesario cubrir con una máscara de cera la cabeza del muerto. Pero esta máscara —los ancianos del pueblo dan testimonio de ello— les ofrece con mucha exactitud su fisonomía. Considerándolo así, ven los descarnecidos rasgos, surcados por profundos pliegues, que contemplaron sus feligreses cuando rindieron a su pastor la ceremonia fúnebre.

Parándose ante este cuerpo yacente, vestido con sotana, con el roquete y la estola, juntas las manos y cerrados los ojos, los peregrinos podemos analizar el modesto aspecto exterior del santo.

A decir verdad, no es sólo la cara del muerto lo que deseamos descubrir. Quisiéramos poder devolver del todo a la vida al santo cura.

* * *

El Cura de Ars tiene muchas cosas imitables para el seglar y especialmente para el sacerdote de hoy.

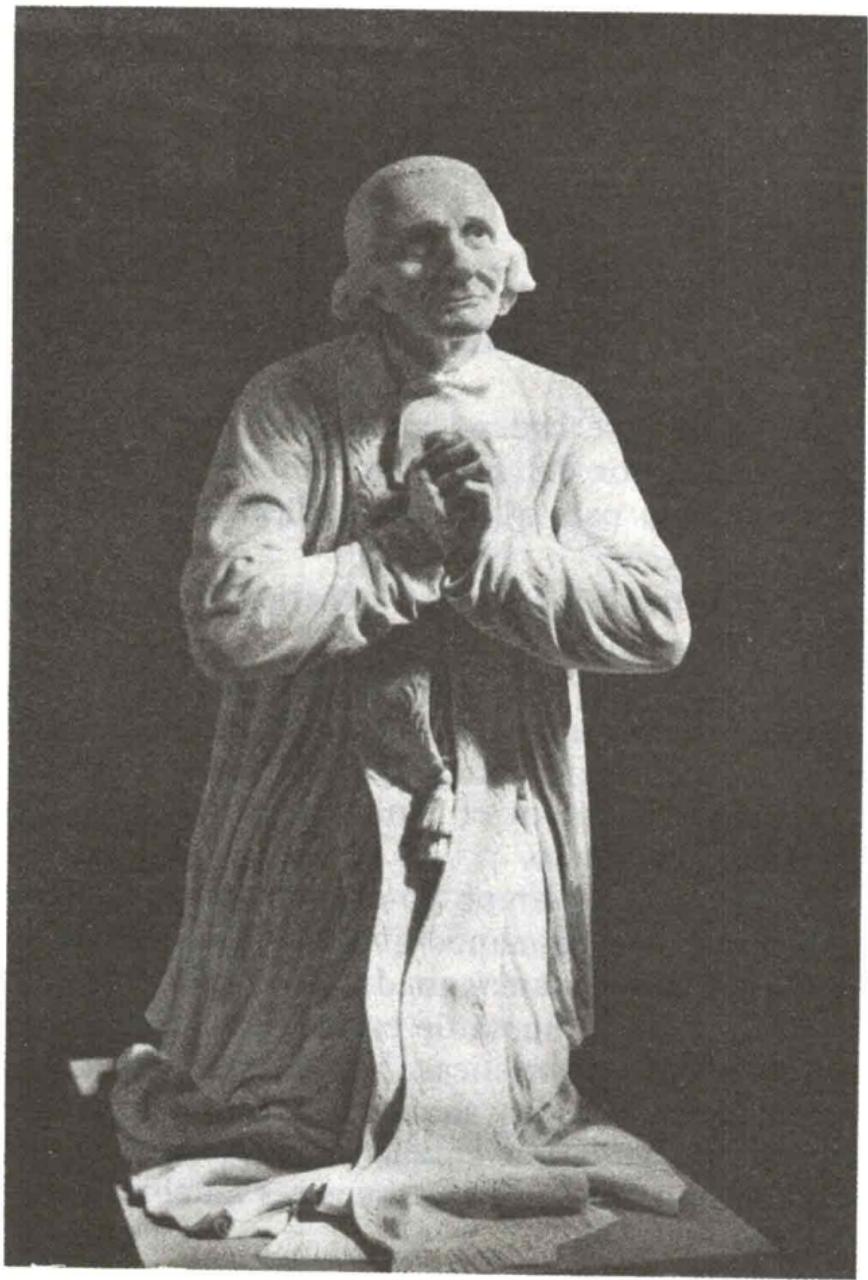
También es cierto que el Señor le llevó por unos caminos por los que no suele conducir a todas las almas. En esto pasos más que de imitación sería digno de admiración.

Bien, pues, nos puede decir hoy el Santo Cura de Ars igual que San Pablo:

“Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo”.

Y nosotros ante la bella figura de Vianney sacar este firme propósito:

“¡Ser como él!”



Estatua

4.—SU CAMPO DE TRABAJO

En cuanto se ordenó sacerdote pasó a Ecully, como coadjutor del santo sacerdote P. Balley que tanto trabajó para que Vianney llegase al sacerdocio.

Fueron tres años de gran experiencia que recordará toda la vida.

En agosto de 1978 tuve la dicha de visitar con mis tres hermanos —también ellos sacerdotes— la villa de Ars. Hacía tiempo que yo deseaba pisar la tierra santificada por el Santo Patrón de todos los párrocos del mundo.

Como en este tiempo yo era párroco de Caudete (Albacete) mis hermanos quisieron que presidiera la celebración. Pasamos un día lleno de emociones.

No íbamos en busca de curiosidades arqueológicas o novedades turísticas. Nos interesaba sólo una profunda vivencia en aquellos lugares santificados durante 41 años por aquella alma grande con deseos de imitarle dentro de nuestras muchas limitaciones.

Lo importante es lo que permite volver a colocar al santo en su medio, evocar su pobre vida. Y esto es más impresionante que una obra de arte o un bello panorama. Los objetos más humildes, en cuanto hablan de él, se hacen capaces de conmover al menos sensible de los visitantes.

La vieja nave sin estilo de la Iglesia, el púlpito de madera, tan trivial, los rústicos confesionarios —el de la capilla de San Juan Bautista y el de los hombres en la sacristía— la vieja decoración, tan poco original, tan poco presuntuosa, las antiguas capillas, todos estos vestigios, sin atractivo alguno, nos detienen, hacen surgir ante nosotros, algo sagrado.

En la Iglesia vieja encontramos los altares que él hizo levantar a su gran protectora Sta. Filomena, a los Angeles, a S. Juan Bautista, a la Inmaculada... .

Y subiendo tres peldaños llegamos a la gran basílica en honor de Sta. Filomena por la que él siempre soñó. Y allí, a la derecha, un precioso altar de mármol con luces y flores atrajeron muy pronto nuestra atención. ¡Qué profunda emoción! Aquí celebramos aquel día la Eucaristía.

Al pie del altar de mármol, en una urna que es una joya de orfebrería, yace un sacerdote. Está revestido de roquete y estola. Duerme con una sonrisa en los labios...

Cubre su rostro una mascarilla que dice es fiel fotografía de su rostro.

Junto a la Iglesia y Basílica está su pobre casa

parroquial que habla claramente de su pobreza, de su penitencia, de su oración, de su caridad...

Todo está dispuesto como si el cura continuase habitando la casa. Su breviario está colocado sobre la mesa, junto a sus gafas de viejo. Diríase que va a volver de la Iglesia de un momento a otro y subir con pasos pesados, casi vacilante, la escalera cuyos peldaños pisó tantas veces. Casi se le podría oír murmurar dolorosamente:

—“¡Pobre cura de Ars! ¿Qué va a ser de tí?”

O bien bromear a su propia costa:

—“Bueno, el viejo brujo ya ha hecho sus cosillas”.

De tal manera está lleno de él este cuadro, de tal modo su presencia de antes lo ha marcado todo con su huella, que él está todavía allí y Ars no existe más que por él.

En estos lugares, para siempre célebres, San Juan María Vianney estuvo cuarenta y un años consolando inacabables penas, disipando continuas dudas, alumbrando en medio de densas tinieblas, lavando numerosas llagas, resucitando almas. Dios le llamó a su seno para recompensarle, y, no obstante, se hace uno la pregunta de si no sigue perteneciendo a este mundo, pues, lo mismo que en años pasados, la multitud sigue congregándose en torno suyo. Ars presencia aún hoy día prodigios de gracias y conversiones.

* * *

Este era el cuadro —ciertamente poco halagador que encontró el P. Vianney al llegar a Ars el 9 de febrero de 1818:

Tenía el pueblo 230 almas.

El mismo Sr. Alcalde puso en antecedentes en franco diálogo al abate Vianney de la religiosidad de Ars:

“No habrá de cansarse usted mucho predicando, pues, lejos están aquellos tiempos anteriores a la revolución en que yo mismo vi a los hombres y a todos los jóvenes de este lugar cumplir como cristianos practicantes. Pero, en un momento dado, la Iglesia se transformó en club, y el púlpito de nuestro párroco sirvió de tribuna para ciertos “ciudadanos oradores” procedentes de Trievox.

—Pues dígame, por favor, señor Mandy, ¿cómo transcurre el domingo en mi parroquia?

—Para muchos, trabajo por la mañana; taberna y baile por la tarde. Los jóvenes de ambos sexos piensan tan sólo en divertirse. Y menos mal si se divirtieran entre la misma gente de la localidad. Pero ¡ay! nuestro pueblo ha alcanzado tal fama que todos los bailarines del contorno se dan cita aquí. Ya tendrá usted ocasión de presenciar este atolondramiento inusitado. Y ¿lo creerá usted, señor párroco? ¡Se baila hasta en la plaza de la Iglesia, junto al cementerio! Vos mismo seréis testigo de estas francachelas, pues las alegres parejas van recorriendo la cerca de setos vivos que separa vuestro jardín de la plaza... Y en llegando la noche

llegarán a sus oídos risotadas alcohólicas, canciones descaradas, blasfemias. Y esto durará hasta la madrugada del lunes.

—“¡Señor! ¡Señor!” —se limitó a contestar el pobre cura.

Durante los últimos cinco lustros no se ha distinguido este pueblo, precisamente, por su religiosidad. Mucha dejadez e indiferencia. Hay fe todavía; pero también paganismo práctico.

Por una insignificancia dejan la misa del domingo y trabajan como cualquier día de la semana.

Hombres, jóvenes y niños no saben el padre nuestro, blasfeman...

Para los doscientos treinta habitantes hay cuatro tabernas, en las que se gastan el dinero los padres de familia, y de donde salen borrachos.

Los jóvenes están abandonados.

El robo y el fraude están a la orden del día.

Había quienes no cumplían con Pascua desde hacía veinte años.

En el verano marchaban tan frescos los domingos a trabajar. Y a la vuelta, comenzaban a santificar el día con la taberna y el baile.

Este era el panorama: profanación de fiestas, blasfemias, deshonestidades, tabernas...

La ignorancia religiosa es total. No falta, con todo, también la buena semilla cristiana en algunas familias.

* * *

Al Reverendo Vianney le causó espanto lo que veía. Pero puso manos a la obra en seguida.

No se echó la manta al hombro ¿Cruzarse de brazos? —No. Se puso a trabajar. Empezó así:

—Se rodeó del grupito de almas buenas que había en el pueblo, para influir en el ambiente. Impulsó las dos cofradías fundadas tiempo atrás, la del Santísimo Sacramento y la del Rosario.

—Comenzó a visitar casa por casa para comprobar el estado moral de cada una.

—Y empezó a orar por aquel pueblo que Dios le encomendaba.

—Mucho antes del alba, ya estaba de rodillas en el presbiterio:

—“¡Señor, que yo sufra cuanto sea; pero convírteme la parroquia!”

Algunos días no salía de la Iglesia hasta última hora de la tarde.

También, rosario en mano, daba sus paseos por los campos.

—El Cura de Ars quiere salvar almas a toda costa.

Para mortificarse, da a un pobre el colchón y él duerme en el suelo.

Cuando llegaba a su cuarto para acostarse, se descubría las espaldas y con una disciplina de puntas de acero se daba unos latigazos tremendos.

Un mes después de su entrada en Ars, en marzo, comenzó el ayuno cuaresmal... y no lo terminó hasta que se fue al cielo.

Pasó alguna vez dos y tres días sin probar boca-

do. Durante una Semana Santa, sólo comió dos veces.

El pan tierno se lo daba a los pobres y les compraba los mendrugs que traían.

Una señora que le preparaba la comida, recibía con frecuencia aviso de que no se la hiciese en varios días.

A veces, él mismo se cocía las patatas... para toda la semana. Y cuando tenía hambre, comía una o dos; tres eran mucho lujo.

Tal régimen duró hasta 1827. ¿Que tenía hambre? Con cualquier cosita la acallaba y ¡adelante!

No olía las flores, no comía fruta (¡con lo que le gustaba!) y no bebía ni gota de agua en los días de mucho calor.

Llevaba a la cintura una cadena de hierro, y cílicos en las muñecas.

En una ocasión, le hizo un obispo comer como los demás de la mesa. Obedeció; pero, acostumbrado como estaba a poco, tuvo una indigestión, que por poco se muere.

* * *

No hay mal que cien años dure... Por duro y frío que sea un pueblo con un santo cura así no puede seguir mucho tiempo por malos caminos...

Por ello, el pueblo que describimos con caracteres sombríos y como entregado a todos los vicios ha cambiado por completo.

Los curtidos labradores que al campo conducen sus yuntas, van desgranando el rosario; al toque de oración, todo el que puede corre al templo, y los que no, se arrodillan y elevan a Dios sus plegarias.

A la entrada de los campos da la bienvenida y la bendición una cruz formada por dos troncos; y una cruz remata los montones de gavillas.

No se oye al tostado segador un cantar picaresco, una palabra inoportuna, una blasfemia. Por el contrario: joviales y limpias canciones ponen notas de un santo regocijo en las brisas de la campiña.

Y si entramos en las casas a la hora del yantar, contemplamos que se bendice la comida y se agradece al Señor. Y si oímos en el campo el tañido del bronce que recuerda tres veces al día el gran misterio de la Encarnación, veremos cómo hombres y mujeres y niños repiten devotos el saludo del ángel. No sólo esto, sino que, a cada hora, estas almas sencillas se unen a Dios con el avemaría.

Las casas del lugar están adornadas con imágenes de la Virgen y de los santos. Los vecinos son amables y hospitalarios. Una paz más suave que el bálsamo se respira por doquier.

¡Nadie se apodera de lo ajeno!

Y ¿qué diremos de la santificación de las fiestas? Numerosas comuniones; siempre hay alguien acompañando al Santísimo Sacramento; la asistencia a las funciones religiosas es notable; todos van al rosario; el recogimiento es admirable. Todos se aman como hermanos.

Se emplean los ocios domingueros en visitar al amigo, en el juego de bolos, en alegres pasatiempos. Pero no vemos un borracho, ni al padre de familia despilfarrando lo que sus hijos necesitan, ni un baile inmoral o poco decente.

Hasta en los días laborables, casi medio pueblo oye la misa. Todo esto redunda en bien temporal para el pueblo. Es que, si andamos con Dios, Dios anda con nosotros.

Existen, ciertamente, tertulias nocturnas; pero comienzan y concluyen con la oración.

Tal es el cristianismo de este lugar, que su cura no duda en recomendar a los feligreses el diario examen de conciencia y la lectura espiritual.

Un pueblo así necesariamente ha de tener un sacerdote santo.

La oración, las penitencias y las virtudes del santo Cura por convertir a las almas que le fueron encomendadas están dando su fruto.

Han pasado pocos años, y se pueden contar con los dedos de la mano los feligreses que no viven como cristianos.

¡En lucha abierta entre el cura y el diablo, éste ha sido derrotado! ¡Ars ya es de Cristo!

¡Cuán cierto es que el pueblo flojo a donde va un cura santo tiene cura y curará!

Nadie crea que Ars es solamente lo que ya hemos visto. Ars es, además, meta de peregrinaciones.

Desde el año 1827 al 1859 fue constante la afluencia de gentes a la aldea de nuestro santo.

Aquel Vianney, que había pasado los días de su juventud respirando a pleno pulmón aires campestres, escuchando el canto de los pájaros, contemplando los encantos de la naturaleza, se vio cerrado en el confesonario por obra y gracia de su celo por las almas. Y esto durante treinta años. Y una persona achacosa y austera, como lo era él... Parece, en verdad, un milagro de Cristo.

En verano, según confesión propia, el calor que allí pasaba le traía a la memoria el fuego del infierno.

En invierno, llegó a desmayarse por el frío y por su debilidad.

5.- SACERDOTE DE CRISTO

Como el editor de este librito nos ha recomendado que haga hincapié en el Santo Cura de Ars como modelo de sacerdote en general y de los párrocos en especial no será salirnos de su biografía si dedicamos unas páginas a tema tan interesante y de tanta actualidad como éste: SACERDOCIO.

No sabemos que pasó en Grenoble el 13 de agosto de 1815. Tampoco nos es dado penetrar en lo que sucedió en el interior de nuestro santo Cura en aquellos sublimes momentos en los que Jesús le elegía como a Pedro en las riberas del Tiberíades por amarle más que a los demás y para que él, a su vez, le hiciera la triple profesión de amor...

¡Ya es sacerdote para siempre...!

Dios le ha visitado como hizo María a su prima Isabel.

Segundo misterio gozoso.

Igual que Ella puede cantar su Magnificat a todo pulmón.

Día de humildad y de gratitud.

De humildad, porque...

“Yo, Juan María..., que no soy más que polvo y ceniza, engendrado en pecado y lleno de imperfecciones..., he merecido ser elevado a la dignidad más alta que soñar se puede... Soy otro Cristo.

Ante una señal de mi brazo quedarán perdonados los pecados y abiertas las puertas del cielo...

Ante unas palabras de mi boca bajará Cristo a habitar entre nosotros...”

“No, no soy nada. El criado, el gusanillo de Dios..., pero, eso sí, soy un sacerdote, aunque indigno”.

De gratitud, porque...

“El que es Todopoderoso ha hecho en mí cosas grandes. Tanto que son las más grandes que se pueden soñar. Todas las generaciones me llamarán bienaventurado...”

¿Cómo pagarle a Dios todo esto? Haciendo como María:

Dando gracias a Dios y entregándose a su amor y servicio, sirviendo y amando a nuestros hermanos...

* * *

Ya es sacerdote del Altísimo. Otro Cristo. Mediador entre Dios y los hombres. Pregonero de la palabra de Dios. Distribuidor de sus dones. De él había dicho Isaías:

“Qué hermosos son los pies del mensajero que

anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregoná la salvación”.

Y el Padre Lacorder con qué grafismo más vivo retrató al Sacerdote, que desde hoy lo será para siempre el joven Vianney:

—“Vivir en medio del mundo sin disfrutar de sus placeres;

—Ser miembro de cada familia, sin pertenecer a ninguna;

—Compartir todas las penas;

—Penetrar todos los secretos;

—Curar todas las heridas;

—Ir de los hombres a Dios para ofrecerle sus oraciones;

—Volver de Dios a los hombres trayendo el perdón y la esperanza;

—Tener un corazón de fuego para la caridad y un corazón de bronce para la castidad;

—Enseñar y perdonar, consolar y bendecir siempre.

—Dios mío, ¡qué vida!

—Pues esa es la tuya, ¡oh sacerdote de Jesucristo!”

* * *

Cristo necesita del joven Vianney. Por ello lo eligió para ser su Sacerdote. “Dador de cosas sagradas”.

El mismo, igual que lo hiciera con Pedro, con